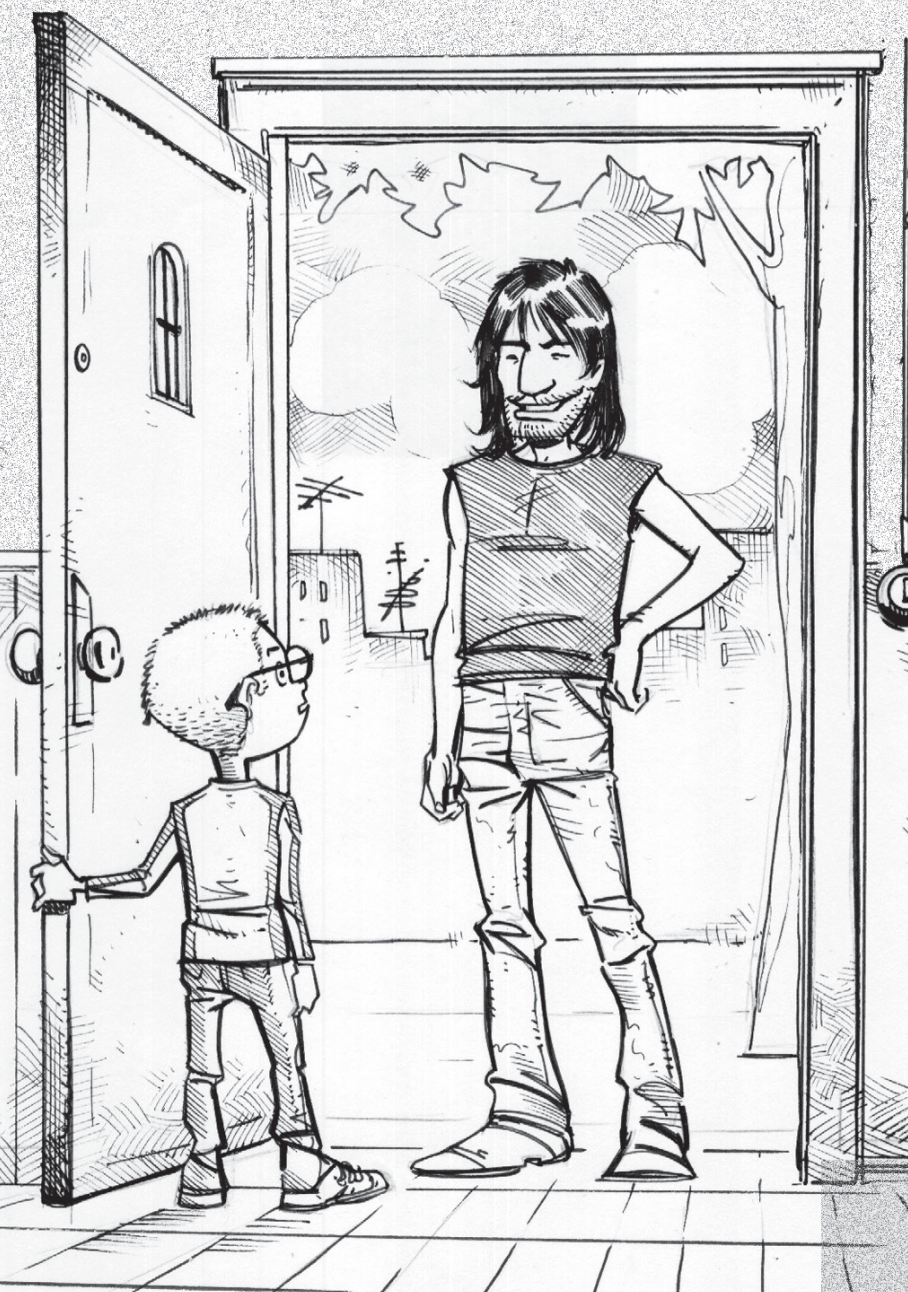


Roy Berocay

Los Telepiratas



CAPÍTULO 1

Estaba ahí, parado frente a la puerta. Su pelo largo y negro le llegaba a los hombros, la barba desprolija, una camiseta sin mangas, los pantalones vaqueros casi transparentes de puro gastados y las mismas viejas botas de cuero.

—Hola... Volví... —me dijo sonriendo como si le diera vergüenza.

—¿Quién es? —preguntó mi madre gritando desde el comedor.

—Es papá —le contesté.

Algo cayó en el comedor haciendo un ruido a metal y líquido y por un momento pensé que mi madre se había desmayado.

—¿Podés salir un rato? —me preguntó mi padre.

Me di cuenta de que le costaba hablar, como si le resultara muy difícil. Entonces le dije que esperara un poco y fui a hablar con mi madre.

Ella intentaba limpiar del piso algo que parecía comida.

—Dice si puedo salir un ratito.

Mi madre hizo un gesto que no entendí y después se pasó una mano por el pelo.

—Lo de siempre... Bueno, pero sólo un ratito, dentro de poco va a venir tu pa... —dudó y se corrigió—, va a venir José y vamos a comer —otra vez dudó y miró el piso—, bueno, al menos lo que queda de la cena. ¿Está bien?

Dije que sí y volví a la puerta. Salimos y caminamos un par de cuadras en silencio. Cada tanto yo lo miraba de reojo y pensaba que no era Navidad ni época de vacaciones, como las últimas veces que había venido.

—Volví para quedarme —dijo él cuando llegamos a la esquina y nos sentamos a la mesa de un bar que servía refrescos y milanesas.

—Qué bueno —dije no muy convencido.

Y bueno, no iba a estar muy, muy convencido tampoco. Lo había visto unos pocos días cada dos o tres años durante los últimos diez, no era para ponerse a saltar de alegría o algo así.

Él y mi madre se habían separado cuando yo tenía dos años. Después ella se casó con José y mi padre se fue a vivir a Europa porque allá podía tocar el piano y vivir de la música y acá no.

Y ahora estaba contándome que había juntado algo de plata, que había alquilado una casita a una cuadra de la mía y que quería recuperar el tiempo perdido.

A medida que hablaba se iba poniendo contento. Era un tipo exagerado para todo: hablaba fuerte, hacía gestos con los brazos y tragaba sus vasos de cerveza muy rápidamente.

—... entonces, cuando estaba en ese lugar lleno de humo de colores y la gente y todo eso, yo tocaba y tocaba y pensaba en este lugar y de pronto vino esta mujer y me dijo vos no tenés que estar acá y me di cuenta de que tenía razón... —estaba diciendo él en ese momento.

Yo escuchaba y trataba de mantenerme tranquilo, así, como si no me importara mucho, porque otras veces me había entusiasmado y después todo había salido mal.

—Trabajé en mil cosas, desde limpiar baños hasta cargar camiones y también pude comprar unas máquinas muy interesantes... ¿El escribano te sigue mandando a estudiar computación?

Siempre hacía eso, llamaba a José “el escribano”, como si se burlara y se tratara de la cosa más aburrida del universo.

José era un tipo tranquilo y serio, trabajaba mucho y nos cuidaba a mí y a mi madre, siempre estaba ahí, aunque era cierto que a veces podía ser bastante aburrido.

—José es muy bueno —dije.

—Lo sé, flaco, todo bien, a veces venía a verte y él era el único con el que podía hablar. Todo bien, en serio, no hay drama.

Mi padre siempre hablaba así y yo me acordaba de algunos de sus amigos y pensaba que sería una manera de hablar que tenían los músicos. Sonreí.

—¡Bueno, bueno! —exclamó mi padre—, el hombrecito sonrío.

—Es que estaba pensando en las cosas raras que decís.

Los dos reímos y él se puso tan contento que pidió otra cerveza y otro refresco para mí.

—¡Vamos a hacer muchas cosas juntos! —decía moviendo sus brazos—. Nos vamos a divertir y además... —de pronto bajó la voz y miró para los costados como si no quisiera que lo escucharan— además, me vas a dar una mano con una cosita que hace tiempo quiero probar.

Sentí curiosidad.

—Mañana, cuando salgas de la escuela te paso a buscar y te voy a mostrar mi casa y mis maquinitas. ¡Ya vas a ver el gran lío que vamos a armar!

De nuevo rió a carcajadas y me di cuenta de que, aunque tratara de mantenerme tranquilo y frío, ya casi me tenía enganchado otra vez.

—Vamos a jugar a los piratas —me dijo al rato mientras por la ventana miraba a una muchacha de pantalones muy ajustados que pasaba por la vereda.

—Pobre —comentó—, no debe poder ni respirar.

Los dos reímos y yo le dije que, aunque todavía iba a la escuela, ya estaba grande para jugar a los piratas.

—Grumete Gabriel —dijo apretándose la nariz para que la voz le sonara como salida de un parlante—, le habla el capitán Ramón y si le digo que vamos a ser piratas, vamos a ser piratas, así que prepárese para el abordaje.

Muy pronto iba a saber que, cuando mi padre se había referido a un “gran lío” y a lo de ser piratas, me había dicho la más pura verdad.